

Año III. - Núm. 110.
París 15 de Junio de 1890.

Sumario. - Estado de la situación: Lucubraciones ministeriales. La obra de Gambetta. Los reyes en el destierro. - Estranjero: Stanley y su obra. Gloria a España! Francia y el Parosib. - Miscelánea: Errores judiciales. Una doctora en derecho. El arte español en París. El grand-prix.

Estamos, ^{dirigido,} ~~de hecho~~ en pleno periodo de propaganda. El gobierno de la República aprovecha de algún tiempo a esta parte todas las ocasiones que se le presentan para ponerse en relaciones directas con el país, y apenas se pasa una semana sin que uno o más miembros del gabinete vayan a una región cualquiera a predicar la santa cruzada so pretexto de presidir una ceremonia o de solemnizar con su presencia la inauguración de alguna importante mejora.

Aunque a primera vista parece que el país debiera ya estar fatigado de todo esto, hay que confesar, sin embargo, en que no siempre las alocuciones pronunciadas en circunstancias tales dejan de producir efecto entre los habitantes de tal o cual región, máxime cuando la persona encargada de transmitir el pensamiento del gobierno reúne las condiciones de habilidad, autoridad y mesura que no cabe poner en duda en el ministro del Interior, Sr. Constans, en boca de quien toda palabra pronunciada en presencia de tal o cual masa del país reviste de suyo un carácter de indiscutible, de inuegable trascendencia.

El discurso pronunciado el domingo anterior en Perigueux por el Sr. Constans ante una reunión innumerosísima de republicanos de aquella ciudad tiene verdadera importancia; pero la tiene mucho más desde que algunos adversarios del régimen actual han pretendido ver en el mismo un síntoma que no existe relativamente a la tantas veces anunciada disgregación de la mayoría republicana. No hay tal. El ministro del Interior, interpretando sabiamente el pensamiento del gobierno y las aspiraciones de la inmensa mayoría del partido a qu

pertenece, no ha hecho más que levantar en alto la bandera que un día tremolara la mano enérgica del gran patriota, del insigne Gambetta, y decir con voz muy entera al país esto o algo parecido: "Vosotros podéis traer un concurso efficacísimo manteniendo en vuestras respectivas poblaciones la paz de los espíritus. Por nuestra parte, nosotros queremos hacer y consolidar una buena y sabia República, una República que no se quede estacionada sino que progrese. Tan imprudente sería estacionar como caminar hacia atrás. Las democracias que no marchan son las democracias que mueren. No obstante, si queremos una República prudente y progresiva, no por esto pedimos una República cerrada y exclusivista..... Si la República entiende deber conservar a su cabeza a los que siempre le fueron leales y supieron sacrificarse por ella, también admite la posibilidad de abrir sus filas y aceptar en ellas a los que hasta ahora han sido sus adversarios, siempre que den una prueba inmediata de la sinceridad de su adhesión...."

Esto, a poca diferencia, vino a decir el Sr. Constans, y en verdad no se comprende como tales declaraciones, que ninguna novedad encierran, hayan podido hacer nacer en determinadas regiones tantas esperanzas y en ciertos círculos tantas y tan intempestivas polémicas. Lo mismo exactamente había dicho en sus últimos tiempos Gambetta, y a ello han tenido que volver los republicanos comprendiendo que fuera de este programa de conciliación, no hay estabilidad ni tranquilidad posibles. Hay quien supone que la fracción radical del partido republicano no ha visto con gran gusto estos avances de Mr. Constans invitando cortésmente a los monárquicos a entrar en la legalidad común aceptando el hecho consumado de la República. No negamos la posibilidad de que exista en dicha fracción quien vea tales avances con malos ojos; la característica de algunos, afortunadamente pocos, con la intransigencia y el exclusivismo: pero debemos asegurar, con todo, que los que están en discordancia con la manera de pensar del gobierno en este punto constituyen una insignificante minoría. Esto lo sabe el gabinete, y como tiene a su lado la inmensa mayoría del partido republicano, por esto el Sr. Constans se ha aventurado a lanzar aquel llamamiento que, de ser lealmente escuchado por aquellos a quienes particularmente va dirigido, podría hacer todavía de la Francia republicana lo que tiene derecho a ser, por sus veinte años consecutivos de paz y de cordura, en los destinos políticos del viejo y ya caduco continente.

Sutretanto, el conde de Paris y su hijo el duque de Orleans, a quien el presidente de la Republica acaba de indultar, se disfrazan a su manera en Inglaterra pasando el tiempo en simulacros y haciendo como que reciben en corte en su palacio de Sheen House, para festejar el regreso del principe a los patrios lares, ni más ni menos que si esos reyes de mentirijillas estuviesen ya solemnemente instalados en Versalles. o en las Tullerías reconstruidas. En la residencia del pretendiente a la corona de Francia se han reunido con tal motivo una porción de partidarios de su causa, ante los cuales el conde de Paris ha pronunciado un discurso elogiando y poniendo hasta las nubes al joven conscripto por el acto de valor y de energía que supo llevar a cabo presentándose a cumplir con su deber como soldado a pesar de la ley injusta que le tenía relegado en el destierro. Ha sido puramente una fiesta de familia, que no tiene en realidad ninguna importancia, y acerca de la cual los republicanos de por acá apenas dicen una palabra. Se ha dicho, si, últimamente que el duque de Orleans pensaba separarse de su padre, como ha hecho el principe Victor Napoleon del suyo, comprendiendo quizá (y en esto no le falta razón) que su ilustre ascendiente no se ha de mover jamás de la situación pasiva y platónica en que vive, y contra la cual arrastran al joven Duque el fuego y entusiasmo de su edad y, más que todo, sus impaciencias. Esto se ha desmentido luego; pero lo mismo ocurrió con el principe Victor en los comienzos de su disidencia con su padre. ¡Quién sabe! Todo es posible en esa raza de eternos pretendientes.

+ + +

Abramos la crónica extranjera.

Por lo que nos dicen los periódicos ingleses, Stanley, el ilustre explorador, parece que, al revés de otros, no quiere dormirse sobre sus laureles. Ocupase ya en organizar una nueva campaña, cuyo objetivo consistiría en instalar un número determinado de estaciones en el interior del Africa y a distancias bastante grandes a fin de ayudar a los trabajos de la civilización de aquellas regiones, pero al mismo tiempo lo suficientemente cerca las unas de las otras para permitir el establecimiento de comunicaciones inmediatas y frecuentes entre las tropas de exploración y el Estado del Congo.

Por mucha que sea la humildad hipócrita que revela la actitud tomada por el jefe del gabinete británico con respecto a Alemania, cuyos proyectos ambiciosos relativamente al Africa no son ya ningún secreto para nadie, creemos que la combinación ideada por el intrépido explorador acabará por ser ejecutada, por lo mismo que es la única que puede dar solución práctica al problema.

+ + +

La noticia de mayor importancia que debemos registrar en esta sección de nuestra crónica, si noticia puede llamarse a lo que antes que nosotros supieron por directo y anticipado conducto la mayoría de los que nos leen, es la relativa al éxito victorioso obtenido hasta ahora por el insigne marino nuestro compatriota Dr. Peral en las pruebas oficiales llevadas a cabo en la bahía de Cádiz para demostrar técnica y prácticamente la realidad de la navegación submarina.

No es esta crónica, por estar fechada en París, lugar el más a propósito para entretenernos a disquisiciones acerca de la trascendencia de este suceso, sin duda el más glorioso que habrá realizado nuestra calumniada raza después del hecho gloriosísimo del Descubrimiento de América. Hemos sido nosotros - no nos avergonzamos de decirlo - de los que, siguiendo desde el primer día los impulsos intuitivos del vulgo o de la gran masa de los españoles, tuvieron siempre una fe ciega y patriótica en la resolución del importantísimo problema. No hemos prodigado la manifestación de nuestras esperanzas, dejando de imitar con ello a cuantos fuera de propósito e intempestivamente han estado ensordeciéndonos el oído con alaridos de patriotismo que pudieron haberse trocado en negra decepción al menor síntoma de fracaso; pero ni un solo día hemos dejado de unir desde nuestro forzado alejamiento de la patria querida nuestros modestos votos a los del sabio Peral, cuyos trabajos hemos ido siguiendo paso a paso con interés cada día creciente, sintiendo siempre en el fondo de nuestra alma algo así como un presentimiento del triunfo que a no tardar debía conseguir el insigne marino en su valiosísima y colosal empresa.

La prensa francesa, los periódicos de París no han dicho una sola palabra acerca de esa grandiosa victoria obtenida por la ciencia en el difícil problema de la navegación submarina. Este silencio, que en el primer momento nos produjo una cierta sensación desagradable, constituye en nuestro concepto la prueba más irrefragable del carácter positivo del descubrimiento realizado por el insigne Peral. Por lo demás, dejando aparte el sentimiento mezquino que pueda haber inspirado - y ha inspirado seguramente - este mutismo guardado por la prensa francesa ante un suceso de tanta trascendencia como el de las pruebas victoriosas llevadas a cabo por nuestro submarino, se concibe que los franceses no estén de humor para prodigar sus aplausos con motivo del triunfo de Peral. Años hace que trabajan ellos también buscando la solución del problema. En Tolón el Gimnote y en Cherburgo el Goubet han venido haciendo hasta ahora esfuerzos inauditos para adelantarse a aquel descu-

brimiento. Todo lo que esos barcos han hecho hasta el presente han sido vanos intentos, que ni remotamente han dado idea de lo que en realidad debe ser el Peral cuando todas las pruebas se hayan verificado demostrando la positividad de la navegación submarina.

Después de todo, es inútil que digamos cuan grande es el entusiasmo que reina en la colonia española de esta capital con motivo del referido suceso. No se oye hablar más que de Peral donde quiera que media docena de españoles se reúnen. Trátase de enviar una felicitación al insigne marino por todos los españoles residentes en París, sin excepción ninguna. Ante la idea de la patria todo exclusivismo y todo rencor de partido desaparece... Nosotros aplaudimos la idea, y anticipándonos en lo que cabe, enviamos desde nuestra modesta crónica nuestros plácemes entusiastas al ilustre y bravo marino honra de nuestra Armada y gloria de nuestra patria.

Volviendo ahora la hoja, es decir, refiriéndonos a otro asunto de índole completamente distinta, hagamos a los franceses, que en punto a orgullo nacional son muy... egoístas, la debida justicia.

Ya nuestros lectores deben estar enterados de lo ocurrido a ese pobre trabajador del campo o bracero llamado Borrás, con patriota nuestro por más señas, a quien un error judicial ha llevado a punto de enviar a la guillotina, a pesar de ser absolutamente inocente del crimen que se le atribuía. La situación del pobre Borrás ha sido en verdad horrible. Condenado a muerte, primero, y luego agraciado con la conmutación de la pena por la inmediata de trabajos forzados a perpetuidad, se ha visto durante tres años consecutivo marcado con el hierro enrojecido de la infamia, enjaulado en presidio como una fiera, mientras el verdadero criminal no aparecía. La inocencia de Borrás se ha descubierto gracias a la tenacidad de un hombre que desde el primer momento comprendió la infamia de que el supuesto delincuente era víctima. Reconociendo inocente, Borrás ha sido puesto en libertad... ¡pero ¡basta esto? Todo el mundo ha comprendido que no. Las leyes, que debieran prever este caso, no dicen una palabra. París y Francia entera se han conmovido ante una deficiencia tan grande de la ley, y para remediarlo a ello, de todas partes llueven los recursos. Los periódicos de todos matices abren suscripciones en favor de Borrás y los diputados presentan proposiciones con objeto de llenar ese gran vacío que se ha encontrado en el código. El espectáculo es magnífico, y basta para que nos reconciliemos con estos franceses, a pesar de

su veleidad y de su inconsecuencia.

* * *

Queremos decir hoy algo de un nuevo concierto que ha dado en esta capital nuestro querido amigo y paisano el laboriosísimo e inteligente pianista Sr. Matias Miquel, de quien más de una vez hemos hablado en nuestras Crónicas à propósito del Arte español en Paris.

No habíamos vuelto à oír al Sr. Miquel desde que quedó de hecho disuelto el tan celebrado quator español por el fundado en 1887. Pero nuestro amigo, lo mismo que su infatigable compañero el distinguido violoncelista Sr. Larniento y al igual que el aplaudido violinista Sr. Fernandez, es de los que no envejecen nunca en el ejercicio del arte.

En la fiesta à que nos referimos, celebrada en el magnífico salón de conciertos de la Casa Grand, el talento de nuestro amigo como pianista de grandes alicentos y de ejecución irreprochable, se nos presentó, por decirlo así, en toda su plenitud. Ciertos que el programa era escogido - música de Wagner y Liszt casi todo - pero, por esto mismo, el Sr. Miquel tenía que vencer mayores dificultades para salir, como salió, completamente airoso de su empresa. Y esto no lo decimos nosotros; lo revelan los aplausos repetidísimos que estuvo prodigando toda la noche al Sr. Miquel la numerosa cuanto distinguida concurrencia que se había dado cita en aquel templo de la hermosura y del arte.

Lo mismo que decimos del Sr. Miquel, podemos y debemos decir del Sr. Larniento. Maneja de un modo magistral un difícil instrumento, el cual, en sus manos, se convierte en una especie de salterio, cuyos dulcísimas notas infunden à los que escuchan un sentimiento de legítima admiración, y ésta ha de traducirse forzosamente en espontáneos y entusiastas aplausos al artista que opera el milagro cuando, como sucedió en la velada de referencia, el inspirado ejecutante se excede à sí mismo, reflejando ante el selecto auditorio el poderoso brillo de sus eximias facultades.

El Sr. Gonzalez hizo hablar, y llorar, y reír à su violin. ¿Qué mayor elogio podríamos tributarle? Hábilmente acompañado por los señores Miquel y Larniento, los fragmentos de música sobre motivos españoles que nos dió à conocer fueron de lo mejor que hemos oído en su género, y esta circunstancia, unida à la de una ejecución esmeradísima y brillantemente sostenida, conquistó desde luego el favor del público, el cual no cesó de aplaudirle, demostrando al par con ello la predilección con que escuchaba aquellas reminiscencias saturadas del ambiente purísimo de nuestra querida España.

Salimos de la velada - para resumir - agradabilísimamente impresionados. A todos nuestra felicitación; pero recibala especialmente el Sr. Matias Miquel, à cuya iniciativa debemos el disfrute de aquella noche de esparcimiento artístico de la cual hemos de guardar por mucho tiempo gratísimos recuerdos.

Cerramos esta crónica en el preciso momento en que se está corriendo el Grand-prix en el hipódromo de Longchamp. Paris con este motivo está desierto.
Arturo Ricardell Roif